

presa de esta manera los sentimientos que me ocupaban en la *Graciosa* recordándome la traición: «Me acerco á este monumento extraordinario. Sobre su base, bañada por la espuma de las olas, había grabados caracteres desconocidos: el musgo y el salitre carcomían la superficie del bronce antiguo: el alcion, posándose en el casco del coloso, lanzaba á intervalos lánguidos quejidos; las conchitas se pegaban en los costados y las crines de metal del corcel, y cuando se acercaba el oído á sus abiertas narices, se creía oír rumores confusos.»

Una buena cena se nos sirvió en el convento después de nuestra correría, y pasamos la noche bebiendo con nuestros huéspedes. Al día siguiente, cerca del medio día embarcadas ya nuestras provisiones, volvimos á bordo. Los religiosos se encargaron de dirigir nuestra correspondencia á Europa. El buque había estado en peligro á causa de un Sudeste fuerte que se levantó. Se viró el ancla, pero enredada entre piedra, se perdió como se esperaba. Aparejamos; y continuando el viento fresco, remontamos pronto las Azores.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

JUEGOS MARINOS—ISLA DE SAN PEDRO.

Fac pelagus me scire probes, quo carbasa laxo.

«Musa, ayúdame á probar que conozco el mar sobre que despliego mis velas.»

Esto decía, hace seiscientos años, Guillermo el Breton, mi compatriota. Vuelto al mar, comencé á contemplar su soledad; pero al través del mundo ideal de mis fantasías, me aparecían, como monitores severos, la Francia y los acontecimientos reales. Mi retiro, cuando durante el día quería librarme de los pasajeros, era la gabiá del palo mayor; yo subía allí con presteza en medio de los aplausos de los marineros, y me sentaba dominando las olas.

El espacio, tendido de un doble azul, parecía un lienzo preparado para recibir las futuras creaciones de un gran pintor. El color de las aguas era parecido al del vidrio líquido. En el desierto del Océano se descubrían en lontananza altas y largas ondulaciones; y estos paisajes movidizos hacían sensible á mis ojos la comparación que hace la Escritura de la tierra que vacila delante del Señor, como un hombre embriagado. Algunas veces se hubiera creído el espacio pequeño y limitado, faltar de un punto de arranque; pero si una ola llegaba á levantar la cabeza, otra á doblarse como una costa lejana, un escuadrón de perros marinos á atravesar el horizonte, entonces ya se presentaba una escala de medida. La extensión se revelaba, sobre todo cuando la bruma, pegada á la superficie del piélagos, parece que acrecienta la inmensidad misma.

Cuando bajaba del mástil, como en otro tiempo del nido de mi sauce, siempre reducido á una existencia solitaria, cenaba un poco de galleta con azúcar y limón, en seguida me acostaba, ó sobre cubierta envuelto en mi capa, ó bajo el puente en mi catre: no tenía que hacer más que extender los brazos para tocar desde mi lecho mi ataúd.

El viento nos obligó á acercarnos al Norte, y atracamos en el banco de Terranova. Algunos hielos flotantes rodaban en medio de una niebla pálida y fría.

Los hombres del tridente tienen juegos que han heredado de sus antepasados; cuando se pasa la línea, es preciso resolverse á recibir el *bautismo*; la misma

ceremonia bajo el trópico, la misma ceremonia en el banco de Terranova, y cualquiera que sea el punto el jefe de la mascarada es el *buen trópico*. Trópico é *hidrópico* son sinónimos para los marineros: el buen trópico tiene una barriga enorme; está vestido con todas las pieles de carnero, todos los sayos forrados de la tripulación. Se acurruca en el palo mayor, dando de tiempo en tiempo grandes mugidos. Todos lo miran desde abajo, y comienza á descender á lo largo de las cuerdas, pesado como un oso, y dando traspieses como Sileno. Al poner el pié en el puente, da nuevos rugidos, bota, toma un cubo, lo llena de agua del mar, y lo vierte sobre el jefe de los que no han pasado la línea, ó de los que no han llegado á la latitud de los hielos. Corren hácia los puentes, suben á las escotillas, se encaraman á los mástiles; el padre trópico os persigue, y acaba la función con una propina: juegos de Anfitrite que Homero hubiera celebrado como cantó á Proteo, si el viejo Océano hubiese sido conocido enteramente en los tiempos de Ulises; pero entonces no se veía todavía más que su cabeza apoyada en las columnas de Hércules: su cuerpo oculto cubría el mundo.

Nos dirigimos hácia las islas de San Pedro y Miquelón, buscando nueva escala. Cuando nos acercamos á la primera, una mañana, entre las diez y las doce, la habíamos casi remontado; sus costas se descubrían en el horizonte á través de la bruma.

Fondeamos ante la capital de la isla; no la veíamos, pero oíamos el ruido de la tierra. Los pasajeros se apresuraron á desembarcar; el superior de San Sulpicio, continuamente molestado por el mareo, se hallaba tan débil, que fue necesario llevarlo hasta la playa. Yo tomé una habitación aparte, y esperé que una ráfaga barriese la niebla y me permitiera ver el lugar que yo habitaba, y, por decirlo así, la cara de mis huéspedes en este país de sombras.

El puerto y la rada de San Pedro están colocados entre la costa oriental de la isla y un islote prolongado, la *isla de los Perros*. El puerto, llamado *Barachois*, penetra en la tierra y termina en un charco salobre. El centro de la isla está guarnecido de colinas estériles; algunas se desploman sobre el litoral, otras tienen á su pié una guarnición de arenales.

La casa del gobernador está en frente del embarcadero. La iglesia el párroco y el almacén de comestibles están situados en el mismo paraje; después se hallan la casa del comisario de marina y la del capitán del puerto. En seguida comienza á lo largo de la playa la única calle de la villa.

Yo comí dos ó tres veces en casa del gobernador, que era un oficial muy político y atento. Cultivaba en una esplanada algunas legumbres de Europa. Después de la comida me enseñaba lo que llamaba su jardín. Un olor suave y fino de heliótropo se exhalaba de un cuadrado de habas en flor, que no hacía llegar hasta nosotros la brisa de la patria, sino un viento salvaje de Terranova, sin relación con la planta desterrada, sin simpatía de reminiscencia y voluptuosidad. En este perfume, que no respiraba una mujer hermosa, que no se depuraba en su seno ni se esparcía á su paso; en este perfume, que había cambiado de aurora, de cultura y de mundo, se hallaba toda la melancolía del pesar, de la ausencia y de la juventud.

Del jardín subimos á las colinas, y nos paramos al pié del mástil del pabellón del vigía. La nueva bandera francesa flotaba sobre nuestras cabezas; como las mujeres de Virgilio, mirábamos el mar, *flentes*; ¡el mar que nos separaba de la tierra natal! El gobernador estaba inquieto; pertenecía al partido vencido: se fastidiaba además en este retiro, á propósito únicamente para un hombre melancólicamente pensador como yo; ruda mansión para un hombre de negocios, ó que no llevase consigo esta pasión, que lo llena todo y hace desaparecer el mundo. Mi huésped se informaba de la

revolución, y yo le pedía noticias del paso al Nordeste. Estaba á la entrada del desierto, pero no sabía de los Esquimales, ni recibía del Canadá más que perdices.

Una mañana había ido solo al Cabo del Aguila para ver levantarse el sol por la costa de Francia. Me senté en la punta saliente de una roca, con los piés colgando sobre las olas que se estrellaban debajo con furia. Una joven marinera apareció en el declive superior de la colina; tenía las piernas desnudas, aunque hacía frío, y hollaba con sus piés las plantas rosadas.

Traía sus cabellos negros recogidos en madejas bajo un pañuelo de la India que llevaba rodeado á la cabeza; sobre este pañuelo llevaba un sombrero abarquillado de cañas del país. Sobre el escote blanco de su camisa tenía colocado un ramo de brezos lilas. A intervalos se bajaba y cogía las hojas de una planta aromática, que se llama en la isla *té natural*. Con una mano echaba estas hojas en un canastillo que tenía con la otra. Me vió sin asombrarse, y se vino á sentar junto á mí; colocó su canastillo al lado, y se puso, como yo, con las piernas colgando, á mirar el sol.

Permanecimos algunos minutos sin hablar; pero en fin, yo fui el más atrevido, y la dije:—«¿Qué cogéis?» Levantó sus grandes ojos negros, tímidos y soberbios, y me respondió:—«Cogia té.» y me presentó su canastillo.—«¿Llevais este té á vuestro padre y á vuestra madre?»—Mi padre está á la pesca con Guillaumy.—«¿Qué hacéis por el invierno en la isla?»—Hacemos redes, pescamos en los estanques quebrantando el hielo; el domingo vamos á misa y á vísperas, que cantamos nosotras, y después jugueteamos por la nieve, y vemos á los jóvenes cazar los osos blancos.—«¿Vuestro padre volverá pronto?»—¡Oh! no: el capitán se ha embarcado con Guillaumy para Génova.—«¿Pero Guillaumy volverá?»—¡Oh! sí; en la próxima estación, cuando vuelvan los pescadores. Me traerá en su pacotilla un corpiño de seda rayado, un zagalejo de muselina y un collar negro.—Y os adornareis para el viento, el mar y la montaña. ¿Queréis que yo os envíe un corpiño, un zagalejo y un collar?»—¡Oh! no.»

Se levantó, cogió su cestillo, y se precipitó por un sendero rápido, á lo largo de un monte de abetos, entonando con voz sonora un cántico de las *Misiones*:

Tout brulant d' une ardeur immortelle,
C' est vers Dieu que tendent mes desirs.

Hacia volar á su paso los hermosos pájaros que llaman *garzotas*, asustados por su adorno de cabeza, y tenía el aire de parecerse á ellos. Cuando llegó al mar, saltó en un barquillo, desplegó la vela, y se sentó al timón; se la hubiera tomado por la *Fortuna*; se alejó de mí.

¡Oh! sí, ¡Oh! no, Guillaumy, la imágen del joven marinero, sobre una verga en medio de los vientos, cambiaba en tierra de delicias la horrible roca de San Pedro:

L' isola di Fortuna ora vedete.

Quince días pasamos en la isla. De sus playas áridas se descubren las costas aun más áridas de Terranova. Los montes en el interior extienden cadenas divergentes, prolongándose la más elevada hácia la ensenada *Rodrigo*.

Lagos pequeños se alimentan con el tributo de los riachuelos del *Vigie*, del *Courval*, del *Pain de Sucre*, del *Kergarion*, de la *Tête Galante*. Estos charcos son conocidos bajo el nombre de *Etangs du Savoyard*, del *Cap-Noir*, del *Ravenet*, del *Colombier*, del *Cap á l' Aigle*. Cuando vienen los torbellinos sobre estos lagos, barren las aguas poco profundas, descubriendo algunas praderas submarinas, que cubren inmediatamente la onda.

La Flora de San Pedro es la de la Laponia y la del estrecho de Magallanes. El número de vegetales dis-

minuye hácia el polo; en Spitzberg no se encuentran más que cuarenta especies de phanerogamas.

Cambiando de localidad se extinguen las razas de las plantas, las unas, al Norte, habitantes del hielo, se hacen al Mediodía silvestres; las otras, criadas en la atmósfera tranquila de las más espesas selvas, vienen decreciendo en fuerza y magnitud, á espirar en la orilla tormentosa del Océano. En San Pedro, el arándano pantanoso (*vaccinium fuliginosum*), está reducido al estado de sanguinaria mayor; pronto se verá enterrado en el algodón basto que le sirve de superficie vegetal. Planta viajera, he tomado mis precauciones para desaparecer del borde del mar, mi sitio natal.

La pendiente de los montecillos de San Pedro está cubierta de bálsamos, cornijuelo, palmeras, cedros, pinabetes negros, cuyos botones sirven para hacer una bebida anti-escorbútica. Estos árboles no tienen más altura que la de un hombre. El viento del Océano los descabeza, los sacude y prosterna como si fueran helechos: después, deslizándose bajo estas selvas de maleza, las levanta; pero no halla ya ni troncos, ni ramas, ni copas, ni ecos donde gemir, y no hace más ruido que el que haría en un brezo.

Estos bosques raquíticos contrastan con los grandes bosques de Terranova, cuya costa vecina se descubre, y en la cual los abetos producen un líquen plateado (*alectoria trichodes*); los osos blancos parece que han dejado su pelo en las ramas de estos árboles al encaramarse en ellos. Los escampados de esta isla de Jacques Cartier ofrecen caminos hechos por los osos; parece que se ven los senderos que conducen á una majada. Se oyen por la noche los ahullidos de fieras hambrientas; el viajero se tranquiliza con el ruido no menos triste del mar; estas olas, tan insociables y tan rudas, se convierten en amigas y compañeras.

La punta septentrional de Terranova llega á la latitud del cabo de Carlos, primero del Labrador; algunos grados más arriba comienza el país polar. Hay un encanto en estas regiones, si hemos de dar crédito á los viajeros; la noche, el sol, tocando á la tierra, parece que se queda inmóvil, y vuelve á entrar en el cielo en lugar de hundirse en el horizonte. Los montes, cubiertos de nieve, los valles, tapizados de musgo blanco, que ramonean los renferos; los mares, cubiertos de ballenas, y sembrados de hielos flotantes, toda esta escena brilla alumbrada casi á la vez por el fuego del Occidente y la luz de la aurora: no se sabe si se asiste á la creación ó al fin del mundo. Un pájaro pequeño, parecido al que canta por las noches en nuestros bosques, hace oír su gorgojo quejumbroso. El amor atrae entonces á los Esquimales á la roca de hielo donde lo aguarda su compañera; y estas bodas del hombre en los últimos límites del globo no carecen de pompa ni de felicidad.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

COSTAS DE LA VIRGINIA.—EL SOL DE OCCIDENTE.—PELIGRO.—LLEGO Á AMÉRICA.—BALTIMORE.—SEPARACION DE LOS PASAJEROS.—TULLOCH.

Después de haber embarcado víveres y de haber reemplazado el áncora que perdimos en la *Graciosa*, salimos de San Pedro. Singlandó al Mediodía, tocamos la latitud de treinta y ocho grados. Las calmas nos detuvieron á corta distancia de las costas de Mariland y de Virginia. Al nebuloso cielo de las regiones boreales había sucedido el cielo más hermoso; no veíamos la tierra; pero llegaba hasta nosotros el olor de los pinabetes. El alba y la aurora, el Oriente y Occidente del sol, los crepúsculos y las noches eran admirables. No me cansaba de mirar á Venus, cuyos

rayos me envolvían como en otro tiempo los cabellos de mi sílfide.

Leía yo una noche en la cámara del capitán, cuando sonó la campana de la oración, y fui á mezclar mis votos con los de mis compañeros. Los oficiales ocupaban la popa con los pasajeros; el capellán, con un libro en la mano, estaba un poco separado de ellos junto al timón; los marineros se agrupaban sobre la cubierta; todos estábamos en pié con la cara vuelta hácia la proa, y todas las velas plegadas.

El globo del sol, próximo á hundirse en las olas, aparecía por entre las cuerdas del buque en medio del espacio sin límites; se hubiera dicho, con el balance de la popa, que el astro radiante cambiaba á cada momento de horizonte. Cuando pintaba este cuadro, que podeis leer por completo en *El Genio del Cristianismo*, mis sentimientos religiosos estaban en armonía con la escena; pero ¡ay! cuando yo lo presenciaba, el hombre viejo existía en mí, y no contemplaba á Dios solo en la magnificencia de sus obras. Yo veía una mujer desconocida y los milagros de su sonrisa; me parecía que la belleza del cielo nacía de su aliento; yo hubiera vendido la eternidad por una de sus caricias. Me figuraba que palpitaba detrás de este velo del universo que la ocultaba á mis ojos. ¡Oh! ¡si me hubiera sido dado destrozar la cortina para estrechar contra mi corazón á la mujer idealizada, para consumirme en su seno en este amor, fuente de mis inspiraciones, de mi desesperación y de mi vida! Mientras yo me dejaba arrastrar de estos movimientos tan propios á mi futura carrera de *corre-bosques*, faltó poco para que un accidente pusiera término á mis proyectos y á mis sueños.

El calor nos sofocaba; el barco, en una calma completa, sin vela, y demasiado cargado con sus mástiles, sufría grandes vaivenes: ardiendo sobre el puente, y fatigado por el movimiento, me quise bañar, y aunque no teníamos la chalupa botada, me arrojé del bauprés á la mar. Todo iba maravillosamente al principio, y me imitaron muchos pasajeros. Yo nadaba sin reparar en el buque; pero cuando volví la cabeza, observé que la corriente lo había llevado á mucha distancia. Alarmados los marineros habían largado un calabrote á los otros nadadores. Aparecieron tiburones en las aguas del buque, y se les hacía fuego para ahuyentarlos. La ola era tan gruesa, que retardaba mi vuelta y agotaba mis fuerzas. Tenía un abismo debajo, y los tiburones podían quitarme un brazo ó una pierna. El patron del barco quería echar un bote, pero se necesitaba armar la cabria, y esto exigía mucho tiempo.

Felizmente se levantó una brisa casi insensible; el buque se aproximó un poco; yo no podía agarrarme á la cuerda; pero los compañeros de mi temeridad se habían agarrado á ella, y cuando se nos llevó á un costado del buque, como me hallaba al extremo de la cuerda, todos pesaban sobre mí con todo su cuerpo. Nos fueron subiendo uno á uno, lo que duró mucho tiempo. Continuaban los balances, y cuando eran en sentido opuesto, nos sumergían seis ó siete piés en las olas, ó nos quedábamos colgados en el aire á la misma altura: en la última sumersión me sentí casi desfallecer; un vaiven mas, y todo estaba concluido. Me subieron al puente medio muerto: si me hubiera ahogado, un desembarazo para mí y mis compañeros.

Dos días despues de este accidente descubrimos tierra. El corazón me palpitó cuando el capitán me dijo: ¡América! Apenas se delineaba por la cima de algunos arces que salían del agua. Las palmeras de la embocadura del Nilo me indicaron despues la costa de Egipto del mismo modo. Llegó el práctico, y entramos en la bahía Chesapeake. El mismo día se envió una chalupa á buscar víveres frescos. Yo fui de la partida, y muy pronto pisé el suelo americano.

Paseando mis miradas á mi alrededor, permanecí algunos instantes inmóvil. Este continente, ignorado tal vez en los tiempos antiguos y un gran número de los siglos modernos; los primeros destinos salvajes de este continente y sus segundos desde la llegada de Cristóbal Colon; la dominación de las monarquías de Europa derribada en este nuevo mundo; la vieja sociedad acabando en la jóven América; una república de un género desconocido anunciando un trastorno en el espíritu humano; la parte que había tomado mi país en estos acontecimientos; estos mares y estas playas, debiendo en parte su independencia al pabellón y á la sangre francesa; un grande hombre saliendo del seno de las discordias y de los desiertos; Washington habitando una ciudad floreciente en el mismo sitio en que Guillermo Penn había comprado un pedazo de selva; los Estados- Unidos enviando á la Francia la revolución que la Francia había sostenido con sus armas; en fin, mi propio destino; mi musa virgen, que acababa de consagrarse á la pasión de una naturaleza nueva; los descubrimientos que yo quería intentar en estos desiertos que extendían aun su ancho reino tras del estrecho imperio de una civilización extranjera: tales eran las cosas que rodaban por mi imaginación.

Nos dirigimos á una habitación. Bosques de bálsamos y de cedros de la Virginia, pájaros arrendajos y cardenales anunciaban, con su porte y su sombra, su canto y su color, otro clima. La casa adonde llegamos al cabo de media hora, participaba de la granja de un inglés y de la vivienda de un criollo. Manadas de vacas europeas pastaban en prados cercados, en los que jugueteaban ardillas rayadas. Los negros serraban las maderas y los blancos cultivaban el tabaco; una negrita de trece á catorce años, casi desnuda, y de una belleza singular, nos abrió la puerta del cercado. Compramos pan de maíz, pollos, huevos, leche, y volvimos al buque con nuestros botijos y canastillos. Dí mi pañuelo de seda á la pequeña africana: era una esclava que me recibió en el suelo de la libertad.

Levamos anclas para ganar la rada y el puerto de Baltimore, al acercarnos se recogieron las aguas; lisas é inmóviles, parecía que remontáramos un río indolente con muchas avenidas. Baltimore se ofreció á nuestra vista como en el fondo de un lago. Enfrente de la ciudad se levantaba un monte cubierto de árboles, al pié del cual se construían edificios. Amarramos al muelle del puerto. Yo dormí á bordo, y no salté en tierra hasta el día siguiente. Fui á hospedarme en la posada con mi equipaje; los seminaristas se retiraron al establecimiento preparado para ellos, desde donde se han dispersado por América.

¿Qué se ha hecho Francisco Tulloch? La carta siguiente fue recibida el 12 de abril de 1822, en Londres:

«Treinta años han trascurrido, mi querido vizconde, desde la época de nuestro viaje á Baltimore, y es muy posible que hayais olvidado hasta mi nombre; pero, á juzgar por los sentimientos de mi corazón, que os ha sido siempre leal, no es así, y mi lisonjeo que no tendréis disgusto en volverme á ver. Casi enfrente el uno del otro (como vereis por la fecha de esta carta), no desconozco la distancia que media entre los dos. Pero manifestad el menor deseo de verme, y me apresuraré á probaros, cuanto me sea posible, que he sido siempre, y soy vuestro fiel y afectuoso.

FRANCISCO TULLOCH.»

«P. D. Tengo presente el rango distinguido que os habeis adquirido y que mereceis por tantos títulos; pero el recuerdo del caballero de Chateaubriand me es tan caro, que no puedo escribiros (esta vez al menos) como á un embajador. Perdonad, pues, el estilo, en gracia de nuestra antigua amistad.

Viernes 12 de abril.

Portland-Place, núm. 30.

Así Tulloch estaba en Londres; no se había ordenado; se casó; su romance acabó como el mio. Esta carta depones en favor de la veracidad de mis *Memorias* y de la fidelidad de mis recuerdos. ¿Quién hubiera dado testimonio de una *alianza* y de una *amistad* formada hace treinta años sobre las olas, si la parte contrayente no hubiera sobrevivido? ¡Y qué perspectiva triste y retrógrada pone ante mi vista esta carta! Tulloch se encontraba en 1822 en la misma ciudad que yo, en la misma calle que yo; la puerta de su casa estaba enfrente de la mía, como nos habíamos hallado en el mismo buque, sobre la misma cubierta, en el mismo camarote. ¡Cuántos amigos no hallaré ya! El hombre, al acestar, puede contar sus pérdidas; sus años únicamente no le abandonan, aunque pasan; cuando los revista y los llama, responden: «¡Presentes!» Ninguno falta á la lista.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FILADELFIA.—EL GENERAL WASHINGTON.

Baltimore, como todas las demás metrópolis de los Estados- Unidos, no tenía la extensión que tiene en la actualidad, y era solo una pequeña población católica, linda, aseada y animada, cuyas costumbres y sociedad tenían grande afinidad con las costumbres y la sociedad de Europa. Pagué mi travesía al capitán, y le di una comida de despedida. Tomé un asiento en el *stage-coach*, que hacia el viaje de Pensilvania tres veces por semana; subí en él á las cuatro de la mañana, y héme aquí rodando por los caminos del Nuevo-Mundo.

El camino que recorrimos, mas bien trazado que hecho, atravesaba un país bastante llano, en que apenas había árboles; veíase alguno que otro caserío, y unas cuantas aldeas esparcidas aquí y acullá: el clima era como el de Francia, y volaban golondrinas sobre las aguas como sobre el estanque de Comboug.

Al acercarnos á Filadelfia encontramos varios habitantes que iban al mercado, carruajes públicos y carruajes particulares. Filadelfia me pareció una ciudad hermosa, con calles anchas, algunas de ellas plantadas de árboles, que se cortaban en ángulo recto, en un órden regular, de Norte á Sur y de Este á Oeste. El Delaware corre paralelamente á la calle que sigue su orilla occidental. Este río sería tenido por importante en Europa; pero apenas se habla de él en América: sus riberas son bajas y poco pintorescas.

En la época de mi viaje (1794) no se extendía Filadelfia hasta el Shuylkill; el terreno que se adelantaba hácia aquel río estaba dividido en suertes, sobre las que se construían aquí y acullá algunas casas.

El aspecto de Filadelfia es monotonó. En general, lo que falta á las ciudades protestantes de los Estados- Unidos son grandes monumentos de arquitectura, pues la reforma, con su edad juvenil, que nada sacrifica á la imaginación, muy rara vez ha erigido esas cúpulas, esas naves aéreas y esas torres gemelas de que la antigua religion católica ha coronado á Europa. No se ve monumento alguno en Filadelfia. Nueva-York y Boston, ni pirámide que sobresalga del conjunto de las paredes y tejados: la vista se entristece al extenderse sobre aquel nivel.

Despues de apearme en la posada, tomé un cuarto en una casa de pupilos, en donde habitaban algunos colonos de Santo-Domingo y varios franceses emigra-

dos, con ideas diferentes de las mías. Un país de libertad ofrecía un asilo á los que huían de la libertad: no hay cosa que pruebe mejor el alto precio de las instituciones generosas como ese destierro voluntario de los partidarios del poder absoluto en un país puramente democrático.

Un hombre que, como yo, había desembarcado en los Estados- Unidos lleno de entusiasmo hácia los pueblos clásicos; un colono que buscaba por todas partes la rigidez de las primitivas costumbres romanas, no podía menos de quedar escandalizado al ver donde quiera el lujo de los carruajes, la frivolidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas, la inmoralidad de las casas de banco y de juego, el ruido de los salones de baile y de los teatros; casi podía figurarme que me hallaba en Bristol ó en Liverpool. La apariencia del pueblo era agradable; las cuíkeras, con sus trajes grises y sus sombrerillos uniformes, me parecían bellas.

En aquel momento de mi vida admiraba sobremedera las repúblicas, sin embargo de no creerlas posibles en la época del mundo á que habíamos llegado: conocía la libertad á la manera de los antiguos; la libertad, hija de las costumbres en una sociedad naciente; pero no la libertad hija de las luces y de una añeja civilización; la libertad, cuya realidad ha demostrado la república representativa. ¡Quiera Dios que sea duradera! No hay necesidad de labrar uno mismo sus tierras, ni de descuidar las artes y ciencias, ni de tener las uñas largas y la barba sucia para ser libre.

Cuando llegué á Filadelfia, no estaba allí el general Washington, y me vi precisado á esperarle por unos ocho días. Al fin le vi pasar en un carruaje tirado por cuatro briosos caballos conducidos por largas riendas. Washington, segun mis ideas de entonces, era por necesidad Cincinato; pero Cincinato en carruaje no se avenía bien con mi república del año 296 de Roma. ¿Podía, con efecto, el dictador Washington, ser otra cosa que un rústico aguijoneando á sus bueyes y conduciendo la reja del arado? Pero cuando fui á entregarle mi carta de recomendación, encontré en él la sencillez del antiguo romano.

Una pequeña casa, semejante á las casas inmediatas, era el palacio del presidente de los Estados- Unidos: no había guardia, ni aun siquiera criados. Llamé y salió á abrirme una criada; le pregunte si estaba en casa el general, y me contestó que sí. Manifestéle que tenía una carta de recomendación para su amo, y la criada me preguntó mi nombre, difícil de pronunciar en inglés, y que no pudo retener. Dijome entonces con afabilidad: *Walk in, sir.* «Entrad, caballero;» y echando á andar delante de mí por uno de esos estrechos corredores que hacen veces de recibimiento en las casas inglesas, me introdujo en una sala, en donde me suplicó que aguardara al general.

No estaba yo conmovido: nunca me han impuesto ni la grandeza de alma ni la de fortuna; la primera la admiro sin sentirme confundido; la segunda me inspira mas lástima que respeto: jamás logrará turbarme el rostro de ningún hombre.

Al cabo de algunos minutos entró el general, el cual, con su elevada estatura y su aire tranquilo y frio mas bien que noble, se asemejaba bastante á los retratos grabados que de él había visto. Le presenté en silencio mi carta, que abrió al punto, y pasando á leer la firma, exclamó en voz alta: «¡El coronel Armand!» Así era como llamaba al marqués de la Rouerie, el cual había firmado con aquel nombre.

Sentámonos, y le expliqué lo mejor que pude el motivo de mi viaje. Contestábame con monosílabos ingleses y franceses, y me escuchaba con una especie de admiración. No tardé en advertirlo, y le dije con cierta viveza: — «Mas fácil me parece descubrir el paso del Noroeste que crear un pueblo, como vos habeis hecho. — ¡Well, well, young man!» (¡Bien, bien

jóven!)» exclamó alargándome la mano. Me convidó á comer para el día siguiente, y nos separamos.

Cuidé de no faltar á la cita, y no éramos mas que cinco ó seis convidados. Recayó la conversacion sobre la revolucion francesa, y el general nos enseñó una llave de la Bastilla. Ya he tenido ocasion de observar que esas llaves eran unos juguetes bastante necios que se distribuían entonces de mano en mano. Los expedicionarios de cerraduras habrían podido enviar tres años despues al presidente de los Estados-Unidos el cerrojo de la prision del monarca que dió la libertad á Francia y América. Si Washington hubiese visto en los arroyos de París á los *vencedores de la Bastilla*, habria respetado menos su reliquia. La autoridad y la fuerza de la revolucion no provenían de esas orgías sangrientas. Cuando la revocacion del edicto de Nantes, en 1683, el populacho del arrabal de San Antonio, demolió el templo protestante en Charenton con el mismo celo con que devastó la iglesia de San Dionisio en 1793.

Me separé del general á las diez de la noche, y no le he vuelto á ver mas: él marchó al día siguiente, y yo continué mi viaje.

Tal fue mi encuentro con el soldado ciudadano libertador de un mundo. Washington bajó al sepulcro antes de haberme yo dado á conocer, y pasó delante de él como el ser mas ignorado. Washington estaba en todo su esplendor y yo en toda mi oscuridad: quizá mi nombre no permaneció un día entero en su memoria, y sin embargo, ¡cuán feliz me considero de que me haya dirigido sus miradas! He sentido su influencia el resto de mi vida, porque hay cierta virtud en las miradas de un grande hombre.

PARALELO ENTRE WASHINGTON Y BONAPARTE.

Bonaparte acaba apenas de bajar al sepulcro, y habiendo tocado á las puertas de Washington, se ofrece naturalmente al curso de mis ideas el paralelo entre el fundador de los Estados-Unidos y el emperador de los franceses; con tanto mas motivo, cuanto que en el momento en que trazo estas líneas no existe ya Washington. Ercilla, cantando y peleando en Chile, se detiene en medio de su viaje para referir la muerte de Dido: yo me detengo al principio de mi excursion en Pensilvania para hacer una comparacion entre Washington y Bonaparte. Quizá no debiera ocuparme de ellos sino en la época en que encontré á Napoleon; pero si me faltase la vida antes de llegar en mi crónica al año de 1814, ¿cómo se sabria entonces lo que tengo que decir acerca de esos dos mandatarios de la Providencia! Me acuerdo de Castelnau, que siendo como yo embajador en Inglaterra, escribia tambien en Londres una parte de su vida. Al llegar á la última página del libro vii, dijo á su hijo: «Trataré de este hecho en el libro viii;» y el libro viii de las *Memorias de Castelnau* no existe. Esta es una leccion que me enseña á aprovechar mi tiempo.

Washington no pertenece, como Bonaparte, á esa raza que sobrepaja á la estatura humana; nada hay que sorprenda en su persona. No aparece colocado sobre un vasto teatro ni tiene que habérselas con los capitanes mas hábiles y los monarcas mas poderosos del mundo: tampoco corre de Menfis á Viena ó de Cádiz á Moscou: lo único que hace es defenderse con un puñado de ciudadanos, en una tierra de ninguna celebridad, y en el círculo estrecho de los hogares domésticos. Washington no da esos combates que renuevan los triunfos de Arbelas y de Farsalia, ni derriba los tronos para construir otros con sus escombros ni hace decir á los reyes á su puerta: *Que se hacen esperar demasiado y que Atila se aburre.*

Las hazañas de Washington aparecen envueltas en cierto silencio; su modo de obrar es lento, y nadie

diría sino que, sintiéndose encargado de la libertad del porvenir, temía comprometerla. No eran sus destinos los que conducía aquel héroe de nueva especie, sino los destinos de su país, y no se aventuraba á jugar lo que no le pertenecía. ¡Pero cuánta luz no iba á brotar de aquella humildad profunda! Regístrense los bosques en donde brilló la espada de Washington; ¿y qué se hallará en ellos? ¿Sepulcros? No; ¡un mundo! Washington dejó los Estados-Unidos por trofeo sobre su campo de batalla.

Bonaparte no tiene el menor rasgo de aquel grave americano; combate con estruendo sobre una tierra envejecida, y ni quiere crear otra cosa que su propia fama, ni encargarse mas que de su propia suerte. Parece adivinar que su mision ha de ser corta, que el torrente que se precipita desde tan alto ha de pasar muy pronto, y se apresura á gozar y á abusar de su gloria como de una juventud fugitiva. A semejanza de los dioses de Homero, quiere llegar en cuatro saltos al fin del mundo: se presenta en todas las riberas inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, arroja coronas á su familia y á sus soldados, y despliega la mayor actividad en sus monumentos, en sus leyes, en sus victorias. Elevado sobre el mundo, con una mano derriba á los reyes y con la otra abate al gigante revolucionario; pero al sujetar la anarquía ahoga la libertad, y concluye por perder la suya sobre su último campo de batalla.

Cada cual recibe la recompensa segun sus obras: Washington eleva una nacion á la independencia, y como magistrado, en descanso se duerme bajo su techo, en medio del sentimiento de sus compatriotas y de la veneracion de los pueblos.

Bonaparte arrebató á una nacion su independencia y emperador destronado, se ve precipitado en el desierto, en donde el terror de la tierra no le considera aun bastante custodiado bajo la guarda del Océano. Espira, y esta noticia, publicada á la puerta del palacio delante de la cual hizo proclamar tantos funerales, ni detiene ni admira á los que pasan. ¿Qué tenían que llorar los ciudadanos?

La república de Washington subsiste, y el imperio de Bonaparte ha caído. Washington y Bonaparte salieron del seno de la democracia; el primero le fue fiel, y el segundo le hizo traicion.

Washington ha sido el representante de las necesidades, de las ideas, de las opiniones de su época; en vez de contrariar el movimiento de los ánimos, lo secundó, y quiso lo que debía querer, la cosa misma para la cual habia sido llamado; de ahí proviene la coherencia y la perpetuidad de su obra. Ese hombre, que llama poco la atencion porque se ajustó exactamente á sus proporciones, confundió su existencia con la de su país: su gloria es el patrimonio de la civilizacion, y su fama se eleva como uno de esos santuarios públicos por donde corre un manantial fecundo é inagotable.

Bonaparte pudo enriquecer igualmente el dominio comun, dando, como daba, con la nacion mas inteligente, mas valerosa y mas brillante de la tierra. ¡Cuál sería el sitio que hoy día ocupase si hubiera reunido la magnanimidad á lo que tenia de heroico; si siendo á un mismo tiempo Bonaparte y Washington, hubiese nombrado á la libertad por legataria universal de su gloria!

Pero ese coloso no ligaba sus destinos á los de sus contemporáneos: su genio pertenecía á la edad moderna, al paso que su ambicion era de los antiguos tiempos; y no conoció que los milagros de su vida superaban al valor de una diadema, y que ese ornamento gótico le sentaría muy mal. Tan pronto se precipitaba sobre el porvenir, como retrocedía hácia lo pasado; y ya fuese que adelantara ó siguiera el curso del tiempo, arrastraba ó rechazaba las olas con su fuerza prodigiosa. Los hombres no fueron á sus

ojos mas que un medio de poder, y ninguna simpatía se estableció entre la felicidad de ellos y la suya: prometió libertarlos, y los encadenó; y así fue que, aislándose de los hombres, estos se alejaron de él. Los reyes de Egipto colocaban sus pirámides fúnebres, no en risueñas campiñas, sino en estériles arenales. Esos grandes sepulcros se elevan como la eternidad en el desierto. Bonaparte ha construido á su imágen el monumento de su fama.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

VIAJE DE FILADELFIA Á NUEVA-YORK Y A BOSTON.—MACKENZIE.

Estaba impaciente por continuar mi viaje, pues no eran los americanos lo que yo habia ido á ver, sino otra cosa del todo diferente de los hombres que yo conocia; otra cosa mas en armonía con el órden habitual de mis ideas. Ardía en deseos de arrojarme en una empresa, para la cual no tenia otra preparacion que mi imaginacion y mi valor.

Cuando formé el proyecto de descubrir el paso al Noroeste, se ignoraba si la América Septentrional se extendía bajo el polo, uniéndose á la Groenlandia, ó si terminaba en algun mar contiguo á la bahía de Hudson y al estrecho de Bering. En 1772 habia descubierto Hearn el mar en la embocadura del rio de la Mina de Cobre, á los setenta y un grados y quince minutos de latitud Norte, y los ciento diez y nueve grados y quince minutos de longitud Oeste de Greenwich (1).

Sobre la costa del Océano Pacífico habian dejado algunas dudas los esfuerzos del capitán Cook y los de los navegantes sucesivos. En 1787 se dijo que habia entrado un buque en un mar interior de la América Septentrional: segun noticias del capitán del buque, todo lo que se habia tomado por costa no interrumpida al Norte de la California no era mas que una cadena de islas sumamente apiñadas. El almirantazgo de Inglaterra envió á Vancouver á comprobar aquellos informes, que resultaron falsos. Vancouver no habia hecho aun su segundo viaje.

En los Estados-Unidos se principiaba ya á hablar en 1791 del viaje de Mackenzie, el cual, habiendo salido el 3 de junio de 1789 del fuerte de Chipewau sobre el lago de las Montañas, bajó al mar del polo por el río á que dió su nombre.

Este descubrimiento hubiera podido cambiar mi direccion y hacerme tomar el camino recto al Norte; pero me habria hecho escrúpulo de alterar el plan acordado entre Mr. de Malesherbes y yo. De consiguiente, queria marchar al Oeste de modo que llegara á cortar la costa Noroeste por encima del golfo de California; y desde allí, siguiendo el perfil del continente, y á la vista siempre del mar, intentaba reconocer el estrecho de Bering, doblar el último cabo septentrional de la América, bajar al Este á lo largo de las riberas del mar polar, y volver á entrar en los Estados-Unidos por la bahía de Hudson, el Labrador y el Canadá.

¿Con qué medios contaba para ejecutar esa prodigiosa peregrinacion? Con ninguno. La mayor parte de los viajeros franceses han sido hombres aislados, abandonados á sus propias fuerzas, y rara vez ha sucedido que el gobierno ó las compañías los hayan auxiliado. Ingleses, americanos, alemanes, españoles, portugueses, han llevado á cabo, con ayuda del con-

(1) Latitud y longitud reconocidas hoy como excesivas en cuatro grados y un cuarto.

(Nota de Ginebra de 1852.)

curso de las voluntades nacionales, lo que entre nosotros han emprendido en vano varios individuos aislados. Mackenzie, y otros muchos despues de él, han hecho en la extension de la América, y en provecho de los Estados-Unidos y de la Gran-Bretaña, conquistas en que yo he soñado para engrandecer mi país natal. En caso de un buen resultado, habria tenido el honor de imponer nombres franceses á regiones desconocidas, de dotar á mi país con una colonia sobre el Océano Pacífico, de robar el rico comercio de peletería á una potencia rival, y de impedir á esta rival el abrirse un camino mas corto á las Indias, poniendo á la Francia misma en posesion de ese camino. He dejado consignados estos proyectos en el *Ensayo Histórico*, publicado en Londres en 1796, los cuales estaban sacados del manuscrito de mis viajes, escrito en 1791. Estas fechas prueban que yo me habia anticipado por mis deseos y por mis trabajos á los últimos exploradores de los hielos árticos.

No encontrando el menor estímulo en Filadelfia, calculé desde luego que quedaria frustrado el objeto de este primer viaje, y que mi excursion no seria mas que el preludio de otro viaje mas largo. Escribí en este sentido á Mr. de Malesherbes, y quedándome á la expectativa de los sucesos, prometí á la poesia lo que pudiera perderse para la ciencia. Con efecto, si no encontré en América lo que buscaba, esto es, el mundo polar, hallé por lo menos una nueva musa.

Un *stage-coache*, semejante al que habia traído de Baltimore, me condujo de Filadelfia á Nueva-York, ciudad alegre, populosa y comercial, y que sin embargo estaba lejos de ser lo que es hoy día, lo que será dentro de algunos años, porque los Estados-Unidos crecen mas deprisa que este manuscrito. Fuí en peregrinacion á Boston á saludar el primer campo de batalla de la libertad americana, y ví los campos de Lexington, en donde busqué, como despues en Esparta, el sepulcro de aquellos guerreros que murieron *por obedecer á las santas leyes de la patria*. ¡Ejemplo memorable del encadenamiento de las cosas humanas! Un bill de hacienda aprobado en el parlamento de Inglaterra en 1765, erige un nuevo imperio sobre la tierra en 1782, y hace desaparecer del mundo uno de los mas antiguos reinos de Europa en 1789.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

RIO DEL NORTE.—CANTO DE LA PASAJERA.—MR. SWIFT.—PARTIDA PARA LA CATARATA DEL NIAGARA CON UN GUIA HOLANDÉS.—MR. VIOLET.

Me embarqué en Nueva-York en el paquebote que se daba á la vela para Albani, situada á la embocadura del rio del Norte. La sociedad era numerosa. Hácia el anochecer del primer día, se nos sirvió una colacion de frutas y leche; las mujeres estaban sentadas en los bancos de cubierta, y los hombres en el puente, á sus piés. La conversacion duró poco rato; al aspecto de un hermoso cuadro de la naturaleza, se cae involuntariamente en el silencio. Yo no sé quién gritó repentinamente: «Este es el sitio donde fue apresado Asgill.» Se suplicó á una cuáquera que cantase la plegaria de *Asgill*. Nos hallábamos entre montañas; la voz de la pasajera espiraba sobre las olas, ó crecía cuando nos acercábamos á la costa. El destino de un soldado, jóven, amante, poeta y valiente, honrado por el interés de Washington y la generosa intervencion de una reina desventurada, aumentaba el encanto de escena tan romántica. El amigo que he perdido, Mr. de Fontanes, pronunció palabras cordiales en memoria de Asgill, cuando Bonaparte se disponia á subir al trono que habia ocupado María Antonieta;